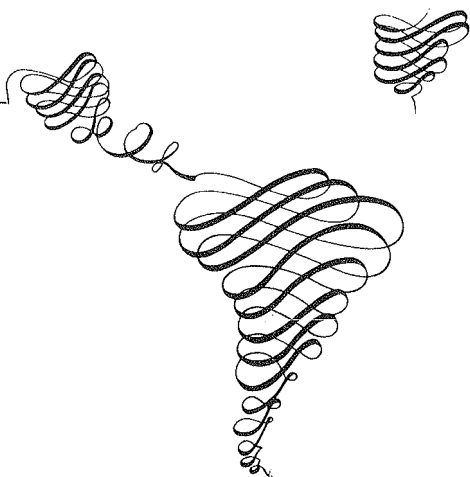




¿Dónde estás, España?

PUEDE, ¡ojalá no sea así!, que este período de crisis, desconfianza y temores, sea recordado en España, cuando pase, como el tiempo en el que la inhibición del gobernante —en su afán por conservar el poder— dejó pudrirse la conciencia del país. Cuando la economía se haya recuperado un tanto, los españoles nos sentiremos con debilidad de convalecientes, temiendo que cualquier aire pueda ocasionarnos una recidiva. Porque nuestra estructura económica y social es muy endeble, y porque los años de la retórica socialista, tan aparatosamente fracasados, han destruido la confianza de los españoles en sí mismos y, desde luego, en la falta de profesionalidad política de sus dirigentes.

Sin embargo, cabe hacerse la pregunta (v. RAZON Y FE, enero, 1994) de hasta qué punto la debilidad española es objetiva y real (de lo que, sin duda, tiene un buen porcentaje) o es más bien producto de una desinformación manipuladora, consciente o inconsciente, a cargo de irresponsables medios de comunicación y de sus muchas veces ignorantes lectores o televidentes.

Se habla mucho de memoria. ¿Quién es capaz de decir con justeza lo mal que está España? ¿Quién conoce la significación e importancia relativa que unos indicadores

tienen sobre otros y el grado de alarma que deben producir?
 ¿Cuántos de los que escupen sobre la tertulia epítetos
 descorazonadores, «desastroso», «deshecho», «catastrófico»,
 «tercermundista», «calamidad», «corrupción»,
 «desmoralización»... conocen el alcance de cada una de estas
 lacras y su impacto en España?

Con generalidades no vamos a ninguna parte. En el
 «ranking» de la situación global mundial, España ocupa un
 lugar muy preciso, sin retórica, a distancia de los más
 poderosos, pero inserto en los que se llaman «países ricos», y
 por ende, a creciente lejanía del universo de la pobreza. A
 España se la considera muy diversamente según quien lo
 haga. En el área internacional es para muchos objeto de
 envidia, para otros un país con casi cuarenta millones de
 habitantes del que a gusto o a disgusto ya no se puede
 prescindir. Para no pocos, España es la sorpresa europea de
 los años recientes, para algunos, incluso connacionales, sigue
 siendo todavía verdadero el ácido slogan, «África empieza en
 los Pirineos». Tal vez el manejo de los datos concretos podría
 acercarnos a conocer con rigor el tramo que ocupamos en la
 escalera del progreso.

SEGÚN la renta media per capita, el
 año 1980 España, con 5.340 \$, ocupaba el **puesto 30** del
 «ranking» mundial (los EE.UU., en el mismo año, con
 11.360, se situaban en el **puesto 15**). En once años —1991—,
 España duplicaba su renta (12.450 \$ per capita), mientras
 los EE.UU. se disparaban hasta los 22.240 \$. Del puesto 15
 pasaban al 11 —ganaban cuatro puntos— mientras España
 avanzaba del 30 al 26, ganando otros cuatro. Si ellos
 avanzaban, nosotros también. ¡Quede a salvo la vanidad!
 Nuestras exportaciones (2,3 por 100 del mundial) nos sitúan
 en el puesto 11, detrás de los Siete Grandes, más Holanda,
 Bélgica y Hong-Kong. Somos décimos en textiles, séptimos en
 alimentos elaborados, 28.º en teléfonos, novenos en producción
 editorial (aunque buena parte no se quede en España). Pese a
 nuestras dificultades, nos permitimos compartir con Italia
 (5,2 por 100) y Alemania (4,1) cifras parecidas de inflación
 (5,9 por 100), que aunque algo

superiores a ellos, nos permiten mirar compasivamente a la enorme lista de países que funcionan con dos y tres dígitos.

Pero este optimismo, aparte de superficial, es muy ambiguo. No dice nada de la solidez en la que se asientan las cifras, del efecto «pompa de jabón», del que ya se ha acusado al crecimiento español. Tampoco dice nada del grado de progreso tecnológico, tan diverso, ni de la creatividad. Y, sobre todo, dan una equivocada idea de la competitividad de nuestros productos, muy baja, que es aparte de otros factores estructurales, el desvalor que ha ocasionado la pérdida de millones de puestos de trabajo.

EN definitiva, de parecer positivos, puede que los datos —básicos en los anuarios—, sean incluso muy negativos. ¡Y tanto! Ha bastado un negro año para que a final del 93 las mismas estadísticas nos echen otra vez hacia el puesto 20.

Se impone una cierta reflexión para no dejarnos hundir en el pesimismo. Por frágil que sea nuestra progresión económica, se trata del **camino que andamos nosotros** y no de una competición. Lo peor del concepto mismo de «renta per capita» y otros análogos es que se conciben en términos homólogos y comparables (dólares). Y no hay nada peor que dejar de ser uno mismo para querer parecerse a los demás. Mientras nuestro ideal consista en tener tantos coches, teléfonos, y comodidades como los de otros y no otros bienes más esenciales aunque puedan ser más modestos, vg. el trabajo, viviremos en perpetua frustración. La del pobre (relativo) que ve al rico y le envidia. Mucho nos tememos que nuestro desarrollo se haya concebido en esta unidimensional dirección.

La renta **per capita** sigue siendo la sensible médula de nuestra inmadura europeización, y eso sí que es un mal síntoma. Como si no hubiera otra cosa que la renta **per capita**. Por ejemplo, la vida y la salud. El dinamismo casi frenético hacia la posesión y el consumo nos ha obnubilado hasta el punto de considerarnos infelices cuando nuestra renta descende un tanto. ¿Sabe el lector —y valora por

encima del consumo— que España ocupa un rango privilegiado en la esperanza de vida al nacer, con 77 años de promedio (el más alto es Japón con 79) entre los cinco primeros países del mundo? ¿Y que el Índice de Desarrollo Humano, compuesto de vida, cultura y renta nos atribuye un brillante 92,3 sobre 100 (a pesar del bochornoso agujero cultural), siete puntos por encima de Portugal (85,3) y cinco por debajo de Francia (97,1)? ¿Y que la encuesta decenal del THE ECONOMIST coloca a España en tercer lugar, tras Suiza y Alemania, como mejor país en que vivir, haciéndolo subir desde el puesto 11 que ocupaba en 1983?

*SI nos atuviéramos exclusivamente a los dos grandes criterios de medida hasta ahora expresados, renta **per capita** y **Desarrollo Humano**, tendríamos que concluir que vivimos bien gracias a nuestro sol y a nuestras frutas —dones de Dios—, y que hemos encontrado un filón de oro en el desarrollo rápido —y rápidamente aprovechado— que nos ha ofrecido Europa en los pasados decenios, con su oferta de trabajo y sus turistas. Pero esto sólo no nos hace personas. Además resulta ser —lo estamos viendo desde la crisis— extremadamente efímero. Cuando orientamos nuestra indagación estadística hacia los terrenos en los que se manifiestan la inteligencia o el humanismo, reaparece de un modo alarmante la imagen clásica del español vago, despreocupado, listillo y vividor.*

Para empezar, nuestro respeto por la vida no se corresponde con el regalo que Dios nos hace en la esperanza de ella al nacer. La tasa de fertilidad de las parejas españolas es la segunda más baja del mundo (!) por detrás de Italia (que no es ningún buen ejemplo), y refleja un bloqueo psicológico de los más hondos valores que difícilmente puede eludir la acusación de egoísmo antinatural y materialista.

Si de nuestro escaso amor por la vida de los propios pasamos a los extraños, miremos con rubor a nuestra xenofobia incipiente pero ya manifiesta (no éramos racistas cuando la inmigración no existía y el problema lo tenían solamente los otros), que apenas acepta al negro o al «sudaca», siendo así

que España tiene la más baja tasa de inmigración de Europa y podría acoger a muchos más. ¿Dónde está nuestro humanismo, tan cacareado? ¿Y dónde nuestro más elemental espíritu cristiano?

Y para qué hablar de la cicatería nacional con terceros países. Nuestra «ratio» de ayuda a países en desarrollo no pasa del 0,23 por 100 del PNB. Es verdad que sobrepasamos por poco —en el puesto 19—, a los Estados Unidos, que sólo se desprenden de un 0,20, pero estamos lejos del 0,42 de Alemania y lejísimos del 0,62 de Francia u otros superiores como Noruega (1,14), Dinamarca (0,96), Suecia, Holanda, Finlandia, etc. En generosidad nos gana incluso Portugal (0,31) que es, en conjunto, más pobre que nosotros.

*SI del terreno de la vida pasamos al de la inteligencia, el bache se hace aún más visible. La inversión en ciencia (I+D), siempre escasa, se anula prácticamente en el terreno de la teoría (I) y se buscan precipitadamente progresos tecnológicos, rentables a corto plazo (D). En España se estudia poco y mal. Tan aficionados como somos al mimetismo con los países adelantados, ¿por qué no queremos también leer tantos libros y periódicos como leen los daneses, los alemanes, los franceses, los holandeses y hasta los rumanos o los búlgaros? Pues porque más que progresar **nos vestimos de progreso**, porque llamamos cultura a cualquier movida, porque nos consume la avidez del dinero rápido, el «pelotazo» y la especulación, porque carecemos de tiempo y de interés para nuestra construcción interior (¿qué es eso...?).*

De momento, al español no le interesa «saber», desea sólo «tener». Pero no mide las consecuencias. «Es» más el que «sabe» más, no el que «tiene» más. Solamente cuando la crisis nos coloca frente a nuestra incapacidad reaccionamos con angustia y lamentos buscando algún chivo expiatorio que nos exima de la propia culpabilidad. Si la frivolidad fuera estadísticamente constatable, España ocuparía uno de los primeros puestos del «ranking».

Pero razonemos con serenidad. Tengamos también en cuenta que España está justamente saliendo de un aislamiento y una decadencia seculares, que su modernización, quizá excesivamente rápida por obra de las circunstancias, tiene que acusar inevitables desequilibrios y traumas. Pero que la juventud es el segmento predominante del país actual. Que los elementos de participación en los avances del mundo que esta juventud posee son muy superiores a los que tuvieron sus padres y sus abuelos. En consecuencia, hemos de decir que el bache por el que pasa en nuestros días la conciencia nacional depende mucho menos de la crisis económica general que de la resaca orgiástica que resulta de haber bebido con precipitación los inmaduros vinos del desarrollo (el consumismo, el coche, el enriquecimiento rápido, la pasada por el socialismo, la secularización, la libertad sexual, la droga, el disfrute de «todo y ya»). No es con pesimismo con lo que curaremos nuestros males, sino con racionalidad, trabajo, moderación, talento.

PODRÍA decirse que coyunturalmente estamos en un mal momento. Mal momento económico, mal momento político y, sobre todo, mal momento moral. Puede uno preguntarse qué responsabilidad tiene en cada uno de estos apartados el largo gobierno socialista. Pero resulta demasiado maniqueo buscar responsables fáciles. Es la sociedad, masivamente, la que ha votado alegre y reiteradamente un cambio que se vio como llamada a la desinhibición y a la filosofía del «viva-la-virgen». No estamos en contra. La experiencia ha demostrado que era necesario que los españoles experimentaran cuáles eran sus lagunas de formación, sus arrebatos de frivolidad, su irresponsabilidad colectiva y personal, su debilidad moral en los terrenos familiar y económico, sobre todo. Ojalá hayamos aprendido colectivamente la lección.

Con la misma firmeza y realismo creemos que de los indicadores anteriormente expuestos, se deduce que España es un país medio que depende de gran parte de sus propias fuerzas y capacidades para trabajar, innovar y rellenar con paciencia sus tremendas lagunas. Estos frutos no serán

productos del voluntarismo, sino de la transformación de una mentalidad que tiene que apoyarse cada vez más en los saberes y los deberes. Y, desde luego, será resultado de la asunción de responsabilidades en la vida, de esa madurez que es la que hace al joven salir su adolescencia en un determinado momento para convertirse en hombre. No serán las estadísticas las que permitan conocer el lugar exacto que España ocupa en el mundo, sino la valoración y autoestima que nosotros mismos nos concedamos partiendo de la verdad y la madurez, todavía insuficientes.